

Ética de la televisión. Consejos de sabios para la caja tonta

Isidro Catela Marcos

Bilbao, Desclée de Brouwer
(colección *Ética aplicada*), 2005,
158 pp.

Supongo que a Isidro Catela, autor de este volumen, le habrá ocurrido a menudo lo que a mí. Al fin y al cabo, ambos impartimos la asignatura de *Ética de la Comunicación*, y no es insólito que cuando uno explica a un recién conocido que esa es su tarea, enseñar ética a los periodistas, este le replique con trillada cuchufleta: "Ah, pero ¿es que tienen ética los periodistas?". Si ese chascarrillo resulta así de manido, no resulta arduo imaginar entonces que muchos puedan considerar el título de la obra que aquí comentaremos incluso como un flagrante oxímoron: ¿*Ética en la televisión*, es más, *ética de la televisión*? Aquellos apocalípticos a la Jerry Mander, que Catela tan agudamente caracteriza en el capítulo primero de este libro, se mostrarán entre horrorizados y perplejos ante la apuesta por un título tan (para ellos) autocontradictorio como este.

Y no obstante esa apuesta, la apuesta por pensar éticamente la televisión, nos es justa y necesaria. Ciertamente, aparte de las jeremiadas de diversos catastrofistas, los obstáculos para ello son aún ingentes: y muchos de esos

escollos son comunes a cualquier esfuerzo por desarrollar una ética aplicada. Al fin y al cabo, para hablar con propiedad en el campo de cualesquiera de tales éticas (*ética de la televisión, ética de la biogenética, ética de los negocios...*) hay que saber manejarse con desenvoltura tanto en el campo al cual se aplica la ética (normalmente, campos de muy reciente creación o progreso: la tele, la ingeniería genética, el capitalismo globalizado...) como en la mismísima ética, esa venerable disciplina de 2.400 años de antigüedad desde que Sócrates osara preguntarse: ¿por qué piensas que es bueno lo que piensas que es bueno? Y no siempre resulta fácil hodiernamente ser un experto no sólo en las razones de un Aristóteles, un Kant o un Wittgenstein, sino también en esferas tan concretas como es, en este caso, la televisión. Por ello resulta especialmente loable el esfuerzo tanto de Catela como de todos los demás autores de la colección en la que se enmarca esta obra (colección titulada, precisamente, "*Ética aplicada*", y dirigida por toda una autoridad en estas lides, Enrique Bonete), por emprender esa arriesgada pero prometedora labor interdisciplinar que es pensar con instrumentos éticos lo que nos está pasando hoy. De hecho, un periodista de probado interés por reflexionar sobre los valores de su oficio, como es Catela, cuenta con todas las bazas (tal y como se atestigua en este libro) para emprender, desde la disciplina de la comunicación, el diálogo con esa otra disciplina, la ética-filosófica, que resulta im-

prescindible si de atacar con competencia estos asuntos se trata.

La manera en que tal cosa se efectúa en este volumen destaca, además, por sus altísimas dosis de claridad expositiva. Catela comienza (capítulo 1) por trazar someramente en qué tipo de personas (casi "animales de pantallas") nos está convirtiendo el fenómeno televisivo, lo cual ha suscitado acerbísimas críticas (Mander; Sartori y, en general, diversos especímenes de epígonos francfortianizantes) contra la televisión; críticas que ponderada y recurrentemente se encarga de sopesar el autor en el último epígrafe de ese capítulo, donde trata de huir tanto de la Escila del pesimismo como de la Caribdis del ditirambo (ambas igualmente peligrosas si la sensatez ética ambicionamos). A continuación, el capítulo 2 trata de combatir el relativismo del "todo vale" en la televisión, así como ese precipitado específico suyo que es la telebasura; y para tal combate Catela maneja con destreza las armas de la función social de la televisión y de la televisión como servicio público. Estos dos capítulos iniciales son, a mi juicio, los más sugerentes de todo el texto, si bien cabría echar de menos en ellos, quizá, un mayor aprovechamiento de los desarrollos filosóficos que uno de nuestros mayores pensadores, Gustavo Bueno, ha afinado de modo pionero sobre la telebasura.

El capítulo 3 acomete una larga cavilación acerca de qué significa tener una televisión de calidad. Resulta suma-

mente proficuo el análisis crítico que allí se hace acerca de diversas concepciones de la calidad televisiva (calidad como audiencia, como pluralidad de opciones, como función social, como estética...), y la explicación de en qué medida la ética puede contribuir a elevar ese factor cualitativo. Es esta la sección más densa del libro, si bien contiene algún elemento que invitaría a una discusión más profunda (¿es realmente la campaña de Telecinco "12 meses, 12 causas" un buen ejemplo ético, siendo así que evita cuidadosamente los asuntos más conflictivos y espinosos -esto es, donde más merece la pena batallar por el bien-?); y aunque asoma en este capítulo algún desliz terminológico llamativo (cuando el autor apuesta por una "democracia substantiva" recurre para ello a una expresión de honda raigambre marxiana, que sería preciso matizar para no desorientar sobre el verdadero contenido -a cuanto se ve luego bien poco marxista- de la propuesta de Catela).

Por último, el capítulo 4 ofrece una descripción sólida de la deontología profesional en el sector audiovisual: el autor argumenta con eficacia la tesis de que lo deontológico sólo puede entenderse una vez asumido lo ético, y además explica (y sabe criticar) el sentido de la autorregulación profesional y de los diversos "consejos" que tratan de arbitrar tal profesión. Todo ello se cierra con un anexo documental que no sólo resulta muy pertinente para el tema tratado, sino cuya pre-

sencia (en épocas en que ha cundido entre otros "expertos" en ética de la comunicación el vicio de publicar recopilaciones de códigos deontológicos como si fuesen obras propias) resulta especialmente honrada por parte del autor: la tarea de todos aquellos que queramos hacer avanzar esta disciplina es, como bien marca con su ejemplo Catela, reflexionar y criticar los códigos, los consejos y los formatos del mundo audiovisual, no limitarnos a reproducir lo que otros codifican.

Por todo ello, al lado de tan señeras virtudes como las que exhibe Catela (unidas a otras aún no mencionadas: su diestro uso de la ironía y la autoironía, por ejemplo -véase el final del párrafo 2.2.-), resultan meramente anecdóticos algunos de los "gazapos" que asoman en su libro. Del fundamental de ellos cabe eximir completamente al autor, y no así a la editorial: desde hace tiempo este tipo de empresas han venido prescindiendo, de modo preocupante, de la figura de los "correctores lingüísticos", y el dañino resultado de tal decisión economicista puede contemplarse en libros como este, que bien hubiesen merecido mayor cuidado editorial; así, en las poco más de 100 páginas del texto original hemos podido detectar más de tres decenas de erratas, a veces triviales, a veces (como las molestas comas entre sujeto y predicado) algo más incómodas. También hay algunos despistes ora objetivos (Sherezade no es protagonista de un cuento de *Las mil y una noches*, como se afirma en la p. 48, sino

la narradora de todos los cuentos), ora más subjetivos (me hubiese gustado que la autoría del dictum "para la inmensa minoría", que se cita en la p. 46, se atribuyese a su verdadero creador, el gran Juan Ramón Jiménez, y no a la cadena *La 2*, que recientemente lo recuperó para su campaña corporativa). Alguna confusión más hay en la p. 14 (entre el nombre "epígrafe" y "capítulo" para designar a las partes del libro y a sus subpartes) o en el uso indistinto que se hace *passim* de las expresiones "Consejo del Audiovisual" y "Consejo Audiovisual" (la gramaticalmente correcta es la segunda, o una tercera posibilidad: "Consejo de lo Audiovisual"). Resultan asimismo mejorables frases como la que afirma, en la p. 78, que "la postmodernidad ha renunciado a la idea de tradición", proposición que horrorizaría a teóricos del renombre de un Charles Jencks o un Hal Foster (en esa misma página, por cierto, se cita erróneamente la *Estética trascendental* de Kant como *Ética trascendental*). Pero, en suma, dado que auguramos a un importante libro como este de Isidro Catela múltiples y celebradas reediciones, seguros estamos de que ocasión habrá de corregir en la subsiguiente estos errores menores, y allí podrá resplandecer mejor el buen humor, el equilibrio de juicio y el vigor crítico que tejen esta obra.

Dr. Miguel Ángel Quintana Paz
maquintanapa@upsa.es